

ÁNGELES DONOSO MACAYA
LANALLWE

TUSQUETS
EDITORES

Siempre fue “el lago”; siempre fue “la casa del lago”.

Mamá, ¿cuánto falta para que nos vayamos al lago?

Mamá, ¿cuándo va a estar lista la casa del lago?

¿Cuántos días vamos a quedarnos en la casa del lago, mamá?

¿Es verdad que al final del lago hay un río que llega al mar?

En cambio, cuando hablabas con tus amigas, eran *tu* lago y *tu* casa del lago.

En mi casa del lago, todos los primos dormimos juntos en el segundo piso.

Los grandes le dicen el gallinero, porque es un espacio abierto con ventanas chicas donde hay varias camas desparramadas.

Desde la ventana que está justo al lado de mi cama, o sea de la cama donde yo duermo, puedo ver el agua del lago.

Yo le digo mi cama, pero no es mía, porque mi mamá me dijo que las camas de la casa del lago no tienen nombre, que no son de nadie.

Viene mucha gente a mi casa del lago. Hay otros niños que duermen en mi cama, en la cama que yo uso, cuando yo no estoy. Mi lago está lleno de algas. Me dan miedo. Mis primos y mi hermano me molestan por miedosa.

No, no sé bien dónde está mi lago, sé que está en el sur, lejos de Santiago. Para llegar incluso hay que cruzar por arriba de una cordillera.

No, no la cordillera de los Andes. Esta se llama cordillera de Na-huel-bu-ta. El camino es súper lindo, está lleno de árboles gigantes.

Cuando te despertabas en las mañanas, lo primero que hacías era mirar por la ventana que había al costado de tu cama –o, mejor dicho, al costado de la cama en la que dormías–. Si el día estaba soleado, veías cómo en el agua se formaban “cabritas”. Así les decías a esos destellos de luz que se reflejan en las aguas del lago, siempre en movimiento, avanzando coordinados desde lo hondo hasta la orilla.

Siempre fue la casa “del” lago, nunca la casa “en el” lago. Como si no importara realmente dónde quedaba la casa, sino su pertenencia. Como si intuyeras que no era tuya ni de tu familia: la casa era *del lago*.

La foto es una “instantánea”, una polaroid. En la imagen, el lago no se ve, solo es visible la casa. También se ve el estanque elevado donde juntaban el agua. El costado derecho de la foto está un poco desenfocado, probablemente por la posición y el ángulo de la cámara.

La polaroid fue tomada en pleno día, piensas, mirando la sombra de la casa proyectada sobre el suelo.

Tu mirada se detiene en los árboles que rodean la casa. No sabes qué tipo de árboles son, pero apuntas que debes averiguarlo, porque casi puedes escuchar, mirando la foto, el suave crujido de sus ramas al moverse con el viento, el rápido susurro de las hojas.

La casa del lago era de madera, con el techo de latones a dos aguas. Mirada de frente (justo el lado opuesto al que aparece en la foto) la casa se veía baja.

En el frontis, los latones del techo, que recuerdas de color rojo, parecían llegar casi hasta el suelo. Pero, por dentro, la casa era enorme. La doble altura intensificaba esa sensación de amplitud.

Al entrar, te parabas justo en el marco de la puerta y, girando la cabeza, mirabas atenta en todas las direcciones. Un pequeño gesto para cerciorarte de que todo seguía igual, en su sitio, tal cual lo recordabas desde tus últimas vacaciones de verano.

Te gustaba tanto la casa del lago. Tan diferente de la casa en Santiago. En la casa del lago no había puertas o paredes que separaran la cocina del living-comedor (“cocina al estilo americano”, decían los grandes) y todo era de madera: la enorme viga que atravesaba el techo de lado a lado; la barra-mesa donde desayunabas y que operaba como el límite imaginario de la cocina; la repisa en la que estaba empotrado el minirefrigerador, construcción ideada por tu tata, y que también funcionaba como límite, ya que ocultaba parte del espacio al que daban el único baño que había dentro de la casa y las tres habitaciones donde dormían los grandes; la escalera que conectaba con el segundo piso, “el gallinero,” donde dormías junto a los demás niños; la baranda que acordonaba precariamente ese espacio, entre cuyas vigas solían meter cabezas, brazos y piernas, un peligroso juego que nunca pareció espantar del todo a los grandes.

Mirando la foto, no te cuesta evocar el olor de la casa. Ese olor intenso a madera. Casi como estar dentro de un bosque. Recuerdas que la escalera que conectaba el primer piso con el segundo crujía cada vez que alguien subía o bajaba. Y que las tablas de las paredes, unas tablas largas, interminables, estaban llenas de hoyos y de manchas pequeñas –después supiste que se llamaban vetas.

Te gustaba quedarte dormida mirando las tablas y sus vetas. Formaban caras, muecas que te hacían reír, aunque a veces también te asustaban, sobre todo si las mirabas

fijamente. Entonces, las vetas se empezaban a mover, las caras parecían cobrar vida. Reconoces que te producía cierto placer este ejercicio: quedarte con la mirada fija en un punto para, de pronto, asustarte.

A diferencia de las vetas, que solo te asustaban a ti, los hoyos en la madera les causaban problemas a los demás, sobre todo en las noches muy húmedas y calurosas, cuando salían termitas que se metían en la casa. Te acuerdas de haber visto, más de una vez, a algún grande metiendo pedazos de hojas de diario en los hoyitos de la madera para evitar que se colaran en la casa las termitas aladas, esos seres temibles a los que casi nunca llamaban por su nombre. No sabes bien por qué, pero les decían aludos y a veces “perras”.

Los grandes decían que “las perras” se les podían meter en los oídos en la noche y poner sus huevos ahí. Eso te aterrorizaba. Para protegerte, dormías con la cabeza totalmente cubierta por las sábanas.

No sabes de qué año es la polaroid. Puede que sea del verano del 83 o del 84. Le preguntas a tu madre cuándo fue exactamente que terminaron de construir la casa, cuándo dejaron de alojar en carpa.

Según lo que te han contado, alojaron en carpa el verano del 81, cuando tenías poco más de un mes, el verano del 82 y el verano del 83, cuando la casa todavía no estaba lista, pero casi.

La casa la construimos cuando tu tata se jubiló, chinita. Ese año que empezamos a construir la casa, la abuela y el tata no se volvieron a Santiago.

La construcción no se demoró tanto, poco menos de un año estuvieron haciendo la casa tu tata y tu abuela. Sí, la hicieron con unos maestros, claro.

Deben haber empezado en noviembre; la casa la terminaron durante el invierno del año siguiente. Ellos estuvieron ahí todo ese tiempo, construyéndola. El tata iba con la abuela a buscar maderas a los cerros. Subían y casi en el mismo bosque la conseguían.

Sí, ellos mismos iban, porque había unos aserraderos ahí en el bosque. De ahí trajeron la viga enorme que atravesaba la casa de lado a lado, pero parece que esa no fue la casa que tú conociste... Bah, claro, de veras, obvio que sí la conociste. Pero ¿qué tanto te acuerdas de esa primera casa?

Ya, ya, bueno, sigo... esa viga larga iba de una esquina a la otra, atravesaba todo el techo. Era el mayor orgullo de tu tata y la abueli, casi como que habían escogido el árbol.

¿Que qué árbol era? Ni idea, gordita, pero era una sola pieza, muy especial. La casa era toda de buena madera, madera de la zona. Sí, el nombre de la madera te lo puedo averiguar, puede que haya sido roble. Sé que no era madera de pino. Seguro era madera de bosque nativo.

Mientras te describe la viga por la pantalla de la computadora, la ves extender el brazo y la cabeza hacia arriba, como si estuviera mirando el techo de la casa del lago. El gesto te conmueve, te provoca ternura. Ves cómo este recuerdo la lleva también a ella, a tu madre, de vuelta a la casa del lago: sus ojos parecen ver la viga todavía ahí, atravesando la casa de un lado a otro, sosteniendo el techo sobre su cabeza.

Intuyes que tu tata debe haber tomado la foto poco después de que la casa estuviera terminada, en el 83 o en el 84, pero no mucho tiempo después, porque en la foto la casa no parece estar pintada, las maderas se ven muy claras. Solo al principio la casa era así, de color madera “natural”. Después, no sabes bien cuántos años después –aunque puede que haya sido solo un año, en la infancia el tiempo pasa de otra manera–, pintaron la casa con un barniz más oscuro.

Así es como la recuerdas: más oscura.

Quieres escribir la historia –no, no *la* historia, *una* historia, o, mejor dicho, *tu* historia– de la casa del lago a partir de las pocas polaroids que tienes disponibles.

Todas las polaroids son de la misma época.

Averiguas sobre los árboles. Son robles –pellines y hualles, árboles característicos de Nahuelbuta–. Aprendes que los hualles y los pellines se distinguen entre sí por la edad y que esta se manifiesta en el color y en el tipo de madera: el roble de madera joven es el hualle; el roble de madera madura es el pellín. La madera del hualle, más blanda y menos resistente, se usa para hacer leña; la madera del pellín, más dura y perdurable, se prefiere para la construcción y la carpintería.

La intuición de tu madre. La casa sí estaba hecha de madera de roble –de roble pellín–. El tronco con el que hicieron la viga que cruzaba el techo también era de pellín.

Te fijas ahora en el pellín que se asoma por detrás de la casa. Ese árbol daba una sombra fresca en la terraza, pero también se azotaba contra el techo de latones. Recuerdas que cuando llovía fuerte o cuando soplaba mucho viento, todo rechinaba un montón, no solo las ramas del pellín.

Esos característicos latones del techo eran lo único visible de la casa cuando te volteabas a mirarla desde el agua. A veces te imaginabas que el techo y la casa completa iban a salir volando, como en la película *El mago de Oz*, cuando irrumpe el tornado en medio del apacible campo

donde está la casa de Dorothy y, en pocos segundos, la despega del suelo y la echa a volar por los aires. Sabías que en el lago no había tornados, pero en días de tormenta el viento del lago te parecía tan fuerte como el tornado que levantaba la casa de Dorothy, que *también* era de madera.

La casa del lago estaba hecha de madera de pellín.

Un largo tronco de pellín sostenía el techo de la casa.

Un frondoso pellín enfriaba y le daba sombra a la casa en las calurosas tardes de verano.

En noches de lluvia y de viento, ese mismo pellín se azotaba contra el techo de la casa. Lo hacía resonar y vibrar.